

LAS CONTRADICCIONES EN *EL QUIJOTE* Y SU FUNCIÓN

Al buscar la bibliografía sobre este tema topé con un dato muy significativo. Tal bibliografía prácticamente no existe, a pesar de su gran importancia para la comprensión de la intención, el legado, los alcances y el propósito que Cervantes se había fijado al concebir su magna novela. Y ello no es casual, ya que un análisis objetivo de las razones que han movido al autor para servirse de contradicciones descubriría su verdadera ideología y objetivo que perseguía.

Ahora bien, ¿cuáles son dichas contradicciones? Ellas son no pocas y de variada índole. Aquí me ocuparé de las más trascendentales. Una de las más importantes, en mi opinión, la más importante la constituye la afirmación de don Quijote según la cual su misión consistiría, tanto en el restablecimiento de la caballería andante, como en la restauración de la Edad de Oro, lo cual representa una innegable contradicción, ya que la caballería andante era una institución medieval, en tanto que la Edad de Oro era el primer sistema social de la humanidad y que, entre los dos mediaron muchos siglos. Mas antes de continuar, ilustraré lo dicho con los pasajes del libro que lo corroboran.

En la plática que don Quijote tuvo con el cura y el barbero, después de haber despertado de un largo sueño, el primero decía: “Que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca” (I, 7); también en el capítulo 28 de la Primera Parte, señala Cervantes: “Felicísimos ... fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación como fue el querer ... volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería ...”; asimismo, en la Segunda Parte, declara don Quijote: “Sólo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería” (II, 1); y, por fin, en la misma Segunda Parte, capítulo 16, durante la estancia de don Quijote en la casa de don Diego de Miranda, alias Caballero del Verde Gabán, en la conversación con nuestro caballero andante, éste explica: “Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos.”

Pero, si Cervantes o su alter ego, don Quijote, por una parte alaba a la caballería andante, por otra, encomía a la Edad de Oro. Así, en el famosísimo discurso sobre la Edad dorada, el ambulante caballero manchego la alaba directamente de este modo: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados ...” (I, 11).

Asimismo, no faltan sus elogios indirectos, es decir, por contraste con la Edad de Hierro en que le ha tocado vivir y actuar. He aquí algunos ejemplos: “Esta imaginación

me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha ... el primero que en ... estos tan calamitosos tiempos se puso al ejercicio de las andantes armas ...”, afirma Cervantes (I, 9); un poco más adelante, don Quijote manifiesta: “Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna (doncella) ...” (I, 11); y, en el capítulo 38, de la misma Parte, apunta: “Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos ...”

Sobre esto, en la comedia “El trato de Argel”, hay siguiente ditirambo dedicado a la Edad de Oro en boca del cautivo Aurelio:

¡Oh sancta edad, por nuestro mal pasada,
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de dorada!

No sonaba en los aires la querella
del mísero cautivo, cuando alzaba
la voz a maldecir su dura estrella.

Entonces libertad dulce reinaba
y el nombre odioso de la servidumbre
en ningunos oídos resonaba.

Pero, después que sin razón, sin lumbré,
ciegos de la avaricia, los mortales,

descubrieron los rubios minerales
del oro que en la tierra se escondía,
ocasión principal de nuestros males,
este que menos oro poseía,
envidioso de aquel que, con más maña,
más riquezas en uno recogía,
sembró la cruda y la mortal cizaña
del robo, de la fraude y del engaño,
del cambio injusto y trato con maraña
Mas con ninguno hizo mayor daño
que con la hambrienta, despiadada guerra,
que al natural destruye y al extraño.
Esta consume, abrasa, y echa por tierra,
los reinos, los imperios populosos,
y la paz hermosísima destierra.¹

(Segunda Jornada)

¹ Tomado del tomo III de la *Obra completa de Miguel de Cervantes S.*, editada por Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, CEC, 1995.

Mas, donde el elogio de la Edad dorada llega a su máxima expresión, es en el capítulo 20 de la Primera Parte, donde don Quijote descubre a Sancho su verdadera misión en la Tierra. HeLa aquí: “Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse.”

A la luz de estas citas resulta que efectivamente existe una irrefutable contradicción entre ellas. Además, es revelador que ninguna de tantas y tantas ediciones en prácticamente todas las lenguas escritas, no hay una sola que ponga una larga nota a la afirmación de don Quijote conforme a la cual él nació para restablecer la Edad dorada en la Tierra.

Aquí surge, por sí misma la siguiente pregunta: ¿Cuál de las afirmaciones cervantinas expresa el verdadero pensamiento del autor? Pero, antes de contestar esta pregunta, considero que hay que analizar, aunque sea en forma breve, la época que le tocó vivir a Cervantes, y ello en todos los aspectos más importantes, como son: el económico, social y político, situar al autor en ella, y ver cómo sus problemas se reflejan en su mente.

De acuerdo con la historia objetiva, en la época en que Cervantes redactaba el *Quijote*, su patria estaba pasando por una aguda crisis económica, social, moral y política, cuyos graves problemas se mencionan y ventilan a lo largo de la novela. Allí se discurre sobre los vicios y la virtud, sobre la guerra y la paz, allí se elucidan asuntos de filosofía y de moral, de historia y literatura, allí se reflexiona sobre las armas y las letras, las leyes y la administración, allí se tratan temas de medicina y ciencias naturales, en suma, como dice Sancho, hablando de la sabiduría de su amo que, “no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada” (II, 22). Aquella época constituye una era de profunda crisis de la sociedad feudal-eclésiástica, cuyas lacras llenan las páginas del gran libro. Allí se censura el parasitismo, la poltronería y la estrechez de miras y ánimo de la aristocracia, la extrema corrupción de los jueces, magistrados y la vida política, las riquezas y la vida licenciosa del clero, el fariseísmo y podredura de los Grandes, la intolerancia y el fanatismo religiosos y nacionales, allí se describen la pavorosa miseria de los soldados y los estudiantes, la difícil situación material de los labradores, se fustigan la venalidad de la justicia real etcétera. Sus héroes se rebelan contra la arrogante monarquía representada por los guardianes de los galeotes, acometen a los monjes y los disciplinantes, se burlan de los duques y condes, gobernadores y alcaldes, comparándolos con asnos, pero fraternizan con los pastores y hasta con el jefe de los bandoleros, mejor dicho, guerrilleros y su capitán Roque Guinart, y combaten la explotación de los humildes.

Su simpatía y su lucha se dirigen en contra de los poderosos y en favor de los débiles, en contra de la aristocracia y el clero, pero en pro del pueblo. Así, don Quijote liberta a los galeotes y arremete contra el comisario y sus guardianes, los desarma y pone en fuga, acude en defensa del pastorcillo Andrés al que latigaba el labrador rico Juan Haldudo, ataca a los monjes benedictinos y la procesión nocturna de los encamisados-clérigos. En el episodio de los galeotes utiliza, además, palabras inequívocas. Así, por ejemplo, nuestro caballero andante, en la arenga a los forzados liberados dice entre otras cosas: “Y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro y, finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo

cual ... me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores” (I, 22). He subrayado la palabra opresos para llegar a la conclusión lógica de que, además de opresos, había opresores contra los cuales don Quijote apunta sus armas.

Y para colmo, la situación de la economía estatal andaba por los suelos, la moral social estaba podrida a más no poder, la venalidad se propagaba como hongos después de la lluvia y, por añadidura, la vida de Cervantes era un rosario de desgracias, puertas cerradas, incomprensiones, postergaciones y humillaciones. En breve, la vida privada del autor no fue otra cosa que un libro de caballerías. ¿No peleó con los gigantes en el cautiverio de Argel y venció?, ¿no luchó contra los pigmeos en su patria y fue derrotado? Él mismo dice por labios del cura, durante el escrutinio de la biblioteca de don Quijote que era “más versado en desdichas que en versos” (I, 6). Efectivamente, por los dedos pueden contarse los grandes hombres de la humanidad quienes, como Cervantes, hayan experimentado en su propia carne todo el peso de la extrema corrupción, el cinismo y la injusticia por parte de una sociedad dominada por una clase parasitaria. Superhéroe de Lepanto que nunca pudo ascender en el ejército a pesar de muchas promesas y cartas de recomendación extendidas por don Juan de Austria y el duque de Sessa y, pese a que tenía el cuerpo acribillado por arcabuzazos; ex esclavo rescatado que no pudo obtener un puesto digno de su heroísmo y de sus grandes méritos por la patria en un imperio donde no se ponía el sol; simple acopiador de vituallas para la Invecible, el que por haber embargado el trigo propiedad de la Iglesia, cumpliendo su deber, fue dos veces excomulgado y encarcelado por falsa acusación ¿pudo tal hombre pintar la sociedad que tenía la culpa de su vida tan desafortunada, sin reaccionar contra ella? ¡De ninguna manera! Sólo pensar en algo semejante me parece absurdo y ridículo. Toda esta triste realidad debió indudablemente entrar en la gran novela, culminación de su obra artísticamente labrada en la poderosa fantasía de su mártir. Pruébanlo sus propias palabras del último capítulo de la obra: “Para mi sola nació don Quijote, y yo para él; el supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno ...” (II, 74).

Así las cosas, considero que estoy en condiciones de dar una respuesta contundente y definitiva a la pregunta arriba planteada: La misión de don Quijote que consiste en restablecer la Edad de Oro es la única misión auténtica del caballero andante.

Sin embargo, los cervantistas formalistas, tradicionales y sobre todo conservadores, se desviven por tratar de mostrar que don Quijote luchó sólo por la restauración de la caballería andante. Una opinión del todo errónea, porque la Edad de Oro como sinónimo del comunismo primitivo poetizado, no tiene nada de común con la edad de la caballería andante, es decir, con el feudalismo medieval. La primera fue una sociedad sin clases oprimidas ni opresores, un orden social justo y equitativo, y la segunda, una sociedad clasista cimentada en la opresión de las naciones pequeñas y débiles por las naciones poderosas, así como en la explotación de las clases inferiores por las superiores, por lo cual una excluye a la otra.

Además, hay una enorme diferencia de fondo y de principios entre el Quijote y los libros de caballería. Mientras en estos últimos el ideal que persiguen es un ideal vago y abstracto que se pierde entre multitud de hazañas increíbles, amores lascivos, batallas

inconcebibles, viajes fantásticos, razones disparatadas, en breve, entre infinidad de aventuras por aventuras, la profesión de la fe y del ideal que estriba en “desfacer agravios”, “enderezar entuertos”, “enmendar sinrazones”, “mejorar abusos” y “satisfacer deudas” se convierte en el *Quijote* en una verdadera declaración de principios, en un programa de acción y de lucha. Hay más aún, éste es su programa mínimo. Su programa máximo se amplía y enaltece hasta la más noble misión social, política y humana: establecer el reino de la justicia, del bien y de la verdad en la tierra. Así escribe con razón Antonio Rodríguez.²

La verdadera misión principal de don Quijote es, por lo tanto, una misión profunda y señaladamente social y política, y justamente en ella reside el quid del contenido de la obra, ya que los libros caballerescos no tienen nada que ver con la tarea esencial de don Quijote de restaurar el imperio del bien y de la justicia en el mundo. En efecto, cabe preguntarse ¿cuándo y dónde había caballeros andantes que se propusiesen luchar por tal ideal? ¿Qué libro caballeresco tuvo jamás tal finalidad? ¿Cuándo un caballero andante, categoría propia de la sociedad feudal, tuvo por misión restablecer los ideales de una sociedad diametralmente opuesta a la suya, es decir, del comunismo primitivo? Evidentemente que nunca y en ninguna parte.

Así y todo, ¿qué tenía que ver la parodia de los libros de caballería con el *Quijote* y su mensaje? Para entender tal relación, hay que tener en cuenta el carácter absolutista del poder estatal y la dictadura espiritual e ideológica ejercida por la todopoderosa Inquisición que hacían imposible toda expresión libre de pensamiento. En esa situación está claro que la orientación erasmista que en materia de religión demuestra el *Quijote*, y su filiación radicalmente humanista y democrática en lo referente a la filosofía social y política, habrían impedido la publicación de la novela, de haberse manifestado de un modo patente y franco. De ahí la parodia y la sátira, dos géneros literarios más en boga en todas las épocas de crisis y de falta de libertad. Dicho en otros términos, los libros de caballería sirvieron a Cervantes de pretexto y pantalla para disparar los dardos contra las clases dominantes sin temor de represalias por parte de ellas.

Más arriba afirmaba que hay una gran diferencia entre la caballería andante y la Edad de Oro, pues la primera era una institución clasista, basada en la opresión de los países pequeños por los grandes y en la explotación de las clases inferiores por las superiores. Sin embargo, vemos que don Quijote pugna por el restablecimiento de la Edad de Oro, o sea del comunismo primitivo en los albores de la época moderna. Esto constituye, por lo visto, una contradicción y un anacronismo – una contradicción, porque nunca los caballeros andantes, categorías del feudalismo, lucharon por la restauración de una sociedad antagónica a la suya – y un anacronismo, porque actúa en un tiempo en que la existencia de la caballería andante ya no era viable. Pero, en realidad, tanto la una como la otra, son una contradicción y un anacronismo tan sólo aparentes. Entonces, ¿de qué se trata? ¿Quizá de un embrollo deliberado? ¡Ni por asomo!, ya que los grandes escritores nunca enredaron sus escritos adrede, y, si esto vale para los magnos escritores, en general, para Cervantes vale en grado sumo. Ergo, es cuestión de una razón muy poderosa que

² *El Quijote*, Mensaje Oportuno. México, 1947.

empujó a Cervantes a servirse de un lenguaje intrincado. En suma, se trata de un ingenioso artificio literario propio del gran novelista quien, atribuyendo intencionalmente los ideales de su protagonista a dos edades o sociedades contrarias, pone éstas en un plano doble, sirviéndose de la caballería andante como de sinónimo y disimulo para la Edad de Oro, para ampararse en ella contra los acechos del Santo Oficio de la Inquisición que siempre vigilaba. Dicho de otra manera: la mencionada contradicción le sirvió a Cervantes para esbozar la verdadera misión de don Quijote que consistía en su lucha por la restauración de una nueva Edad de Oro para la felicidad de todos los hombres de la Tierra.

La segunda contradicción muy importante consiste en la contraposición: locura-cordura. Los pocos críticos conservadores que han tratado de la locura de don Quijote y su origen, sostienen que nuestro caballero andante se volvió loco de puro bueno que era, porque según ellos, lo bueno y lo loco muchas veces se superponen uno a otro. Era bueno el hidalgo Quijano, porque estaba en su casa, pasando una vida tranquila y hogareña en compañía de su ama y sobrina; se hizo loco, cuando dejó de ser bueno para ellas, y abandonándolas extendió su bondad al género humano, y ser bueno para todos quiere decir ser loco. Así, por ejemplo, el conservador cervantista inglés Audrey Bell³, dice que la lección del *Quijote* consiste en la “insensatez de aspirar al bien general”.

De este modo piensan solamente los que, educados en una sociedad de clases antagónicas fundada en el frío egoísmo, no comprenden o no quieren comprender que pueda haber altruistas quienes viven y luchan por el bien de sus prójimos; así escriben los individuos, cuyos intereses se limitan a rendir culto al dinero y a los goces materiales y por ello no son capaces de penetrarse de nobles y elevados sentimientos; en suma, de esta manera reflexionan todos los mezquinos, cuya moral e inteligencia se miden desde las orejas abajo, por lo cual no logran entender que pueda haber idealistas en el mundo quienes padeciendo penurias y sufrimientos, insultos y persecuciones, pugnan por una existencia mejor y más digna de ser vivida.

Uno de tales idealistas fue don Quijote, un gran revolucionario de acción, como lo fue Espartaco que sublevó a los esclavos de Roma contra la tiranía de los patricios, como lo fue Tomás Mánzer que dirigió la lucha de los siervos de la gleba alemanes contra el feudalismo, y como lo fueron todos los grandes hombres que abandonaron su hogar y sus bienes para luchar con la espada, o con la pluma, o con las dos a la vez, a fin de instituir el reino del bien en la Tierra. La única diferencia entre los unos y el otro reside en que éstos fueron personajes históricos, y aquél es personaje literario. ¿Y estaban locos por haber combatido por el bien de todos? ¡Ni pensarlos!

No, don Quijote no es un loco porque ama un ideal y le dedica toda su vida a realizarlo, sino que parece tal, porque actúa solo y con medios inadecuados – con un jamelgo renqueante, un escudero rústico, una vieja lanza y adarga –, y ante todo, porque Cervantes así quiere hacerlo aparecer. Presentarlo simplemente como un luchador idealista, sería poco menos que imposible. Decir verdades que ponen al desnudo el carácter parasitario y vicioso de las clases privilegiadas por la boca de un idealista en un medio social, en que

³ Cervantes. Oklahoma, 1947.

“a la malicia llaman industria. A la avaricia y ambición, grandeza de ánimo ... y por el contrario, al bueno y verdadero llaman simple ...”, como escribe Villalón en *El Crotalón*⁴, sería lo mismo que condenar su obra a las llamas, y exponerse a la persecución. Por ello, la verdad y la luz en aquella España oscurantista, habían de disfrazarse con el atavío de lo fantástico y de lo loco para penetrar en el público, y ser leídas y escuchadas. Este es justamente, el origen de la supuesta locura de don Quijote, otra genial invención del gran autor manchego.

Por lo visto, el embozo de los libros de caballería, a juicio de Cervantes, no podría ponerlo a salvo de los eventuales perseguidores, si tenemos presente, que en su obra hay escenas que no tienen nada que ver con la imitación de los héroes de los libros caballerescos. En la aventura del pastor Andrés (I, 4), y en la de los galeotes (I, 22), por ejemplo, don Quijote interviene directamente contra los representantes de las clases opresoras y contra el poder del rey, sin recurrir a sus fantasías caballerescas, excluyendo el final del segundo episodio. Tal procedimiento descubriría la verdadera intención del autor, y lo pondría en peligro, si no se amparara en la simulada locura de su personaje principal.

Pero, ¿cómo describir al héroe de modo que sea patente su sublime idealismo, y que éste sea encubierto, al mismo tiempo, con su fingida locura por razones de seguridad personal del autor? Para lograr tal objeto, Cervantes lo pinta en su preferido plano de doble verdad, o bien, en el plano de cordura-locura, o locura-cordura, es decir, como un hombre por el que no se sabe, a ciencia cierta, si es un cuerdo loco, o un loco cuerdo. Tal contradicción aparente la hallamos ya en el mismo título de la novela, en el cual el autor lo llama *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, en tanto que en el texto de la misma habla con insistencia de su locura. Así, dice que el ventero, después de oír las razones de don Quijote “ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped” (I, 3); los mercaderes de Toledo, viendo la extraña figura y las palabras de don Quijote, “luego echaron de ver la locura de su dueño” (I, 4), etcétera. Es característico, por otra parte, que lo llamen de esta manera, por lo común, los personajes de linaje bajo, mientras los de más alta alcurnia no osan llamarlo loco rematado. A don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, por ejemplo, que comparaba los hechos y las palabras del caballero andante durante la aventura de los leones, le parecía “que era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo” (II, 17); y cuando pregunta a su hijo Lorenzo sobre lo que ha sacado en limpio del ingenio del huésped, recibe la siguiente respuesta: “El es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos” (II, 18).

Conviene recordar, además, que el autor hace hincapié, en una gran parte de los pasajes relativos a la locura de su héroe, en la extrañez de la misma: “Admiráronse de tan extraño género de locura”, escribe Cervantes hablando de los huéspedes del ventero que los había informado de los disparates del caballero manchego (I, 3); mientras el caballero dormía en la venta después de su penitencia en la Sierra Morena, “los huéspedes trataron ... de la extraña locura de Don Quijote ...”, dice el autor en el capítulo 32, I.

Hay todavía más. En algunos trozos del texto, Cervantes por boca de su escudero niega la insania de su protagonista, y en otros lo hace pasar por un verdadero sabio. En la

⁴ Edición de Espasa Calpe Argentina (Colección Austral).

hazaña de los leones, verbigracia, Sancho a la pregunta del Caballero del Verde Gabán, de si su amo estaba tan loco de pelear con los leones, contesta: “No está loco ... sino atrevido” (II, 17); y en la escena de los hidalgos que imitaban la vida de los pastores, Sancho, después de escuchar el ingenioso razonamiento de su amo sobre la gratitud, comenta del siguiente modo: “¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que este mi señor es loco?” (II, 58)

De los textos aducidos resulta, por consiguiente, que Cervantes presenta a su protagonista como un ingenio sabio con ribetes de loco. Tanto más, que todas las acciones y razonamientos de don Quijote tienen una alta significación ética o intelectual, pues sus ideas y embestidas contra las personas e instituciones obedecen a su elevada misión de enseñar e impartir la justicia, pero cuyo autor no podía constituirse en juez y ejecutor, sin involucrarse con la inocua capa de la locura de su héroe.

En resumen, la presunta locura de don Quijote es un habilísimo recurso literario de Cervantes, mediante el cual se escudó para lanzar impunemente una aguda crítica de la vida social y política de su tiempo. El autor hizo parecer a su héroe como loco a fin de obtener el salvoconducto para sus audaces ataques contra la monarquía, la nobleza y el clero. El propio Cervantes nos lo da a entender en la escena final, en que su protagonista, ya moribundo pero cuerdo, se despide de su fiel escudero con estas palabras: “Perdóname amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo” (II, 74). Don Quijote fue, por ende, un gran idealista militante que los integrantes de las podridas clases superiores de aquel entonces tenían por loco, porque pensaban que todos los que no son tan egoístas y pequeños como ellos, habían de ser dementes.

Para corroborar mi punto de vista al respecto, cabe comparar la locura de don Quijote de Cervantes con la del protagonista de Avellaneda, o sea del *Quijote* apócrifo. El héroe cervantino muere de melancolía después de sanar de su locura parcial, que en su caso es sinónimo del idealismo llevado al extremo, disfraz para los fines explicados arriba, mientras don Quijote de Avellaneda, presentado como loco rematado, sin ideales ni ilusiones, termina en un manicomio. Dos puntos de vista que reflejan dos concepciones de la vida: la de Cervantes, progresista y humanista, y la de Avellaneda, reaccionaria y contrarreformista.

La tercera contradicción corresponde al contraste entre el verdadero autor de la novela – Cervantes –, y el imaginario – Cide Hamete Benengeli –.

Como es notorio, Cervantes atribuye la historia de don Quijote a cierto autor árabe llamado Cide Hamete Benengeli, cuyo nombre menciona por vez primera en el episodio de la pendencia de su héroe con el vizcaíno don Sancho de Azpeitia (I, 9), y lo repite varias veces en su novela.

Durante más de un siglo y medio, la tradicional crítica española y extranjera, que no veía en la obra más que una parodia de los libros de caballería, no prestó a esta circunstancia atención alguna considerándola cosa normal, puesto que dichos libros solían achacarse a los autores fingidos de origen exótico, ya fuese árabe, persa u otro.

El primero que barruntó en esta ocurrencia del famoso autor alcafaño algo más que una simple imitación burlesca de los novelones caballerescos, fue Gregorio Mayáns y Siscar, en su biografía de Cervantes, compilada por encargo del inglés lord Carteret. Pensaba que Cervantes había recurrido a ella para hacer ... su invención mucho más verosímil i plausible ...”⁵ Y fue el arabista J. Antonio Conde quien dio la traducción correcta del nombre del fingido autor arábigo. Publicóla Antonio Pellicer, en las notas a su edición del *Quijote* (1797), en los siguientes términos:

Pero lo que merece particular atención es el arte, con que Cervantes supo arabizar su nombre, ocultándole en el de Cide Hamete Benengeli, no tanto en el Cide, que quiere decir Señor, ni en el Hamete, que es nombre común entre los moros, sino en el Ben Engeli: pues aunque dice que no sabía leer los caracteres arábigos, se dexa bien entender que en cinco años de cautiverio y trato con los argelinos aprendió muchas palabras de su algarabía como se manifiesta de las que suele sembrar en el contexto de esta Historia y en el de otras obras suyas. Ben Engeli quiere decir hijo del ciervo, ó cerval, ó cervanteño: todo con alusión al apellido de Cervantes. En la pronunciación se desfigura algun tanto esta voz, que atendido a su origen debería escribirse Ben Iggeli, Iggel, o Ejjel significa el ciervo: Iggeli, cosa de ciervo, cerval o cervanteño: así como gebal, que significa monte, se dice gebalí, o jabalí, cosa de monte, el montesino, o montaraz.⁶

¿Mas, por qué Cervantes habría de esconder su nombre en otro? Pues, simplemente porque en aquel Estado absolutista de dictadura política, espiritual e ideológica, ejercida por la todopoderosa Inquisición, quienes escribían para el público enjuiciando ciertos rasgos negativos de la sociedad, desconfiaban de todo y se expresaban con suma precaución y disimulo, si no querían ser llevados a la tortura o la hoguera.

No es fortuito, por tanto, el que tal dilucidación del nombre del fingido escritor haya surgido poco después de las primeras tentativas de buscar en la mejor creación cervantina, no sólo invectivas contra los disparatados libros caballerescos, sino también problemas y burlas de carácter social, tentativas hechas por los biógrafos más avanzados de aquel tiempo, como el ya citado G. Mayáns y Siscar y Vicente de los Ríos.

Ahora bien, como reconocer que dicha interpretación era correcta equivalía a admitir la existencia de las mencionadas sátiras sociales y otras en el libro, la crítica conservadora no tardó en reaccionar tratando de refutar esta elucidación.

Ya Diego Clemencín, el comentador español más prolífico en cuanto a las notas referentes a los libros de caballería, si bien aceptaba la posibilidad de semejante interpretación del nombre árabe, optó por dar su propia explicación conforme a la cual sería más probable que Cervantes, poco afecto a la Mancha (en su opinión), ridiculizara a los manchegos tildándoles de moriscos, ya que alguna vez llamó a Cide Hamete autor arábigo y manchego (I, 22), tanto más que, según dice a continuación, “Después de Valladolid sigue Toledo, a cuyos habitantes ... por sus aficionados a berengenas ... llaman berengeneros”, aludien-

⁵ *Vida de M. de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1751.

⁶ Tomo I, parte I, cap. 9, nota 1.

do a las palabras de Sancho quien decía que los moriscos eran amigos de berenjenas, que es el sobrenombre del supuesto autor estropeado en boca de Sancho Panza.

Leopoldo Eguílaz y Yanguas, uno de los primeros arabistas de su tiempo, aprovechó esta forma usada por el escudero – berenjena – y trató de derivarla de la etimología bedencheli (aberenjenado), asegurando que la significación de aberenjenado era la propia y legítima de Benengeli, dado que lo declara el mismo Cervantes por boca de Sancho: “Y como – dijo Sancho – si era sabio el encantador, pues según dice el bachiller Sansón Carrasco ... el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena” (subrayado por Eguílaz y Yanguas) (II, 2).⁷

Es altamente significativo el que esta interpretación del apodo árabe haya sido aceptada a priori y sin un examen crítico por la casi totalidad de los más importantes anotadores posteriores a Clemencín y Eguílaz. Bástenos mencionar sólo a los más destacados: Cortejón, Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla, Juan Givanel y Más, y por último, el más autorizado entre ellos, Francisco Rodríguez Marín.

¡Examinemos, ahora, el problema a la luz de una crítica objetiva, es decir, sin prejuicios de ninguna índole, ni política ni social ni religiosa!

Primero, ninguno de los precitados comentadores ha aducido, y menos aún analizado, los más importantes pasajes en que Cervantes menciona al imaginado autor de su libro, a pesar de ser numerosos y, a pesar de que su verdadero creador insiste mucho en atribuirle la paternidad de su obra. Cita a Cide Hamete Benengeli nada menos que 29 veces. Preséntalo, además, en el doble plano: de mentiroso y verídico. En el mismo capítulo en que lo hace comparecer, lo tacha de mentiroso: “Si a esta historia se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra, sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de aquella nación ser mentirosa” (I, 9). En tanto que, unos capítulos más adelante, en el suceso de la venta, lo llama verdadero: “Fuera de que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas ... le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean” (II, 47).

Tanto de éstos como de otros pasajes resalta, asimismo, la insistencia con que lo nombra historiador y cronista: “Entra Cide Hamete, cronista de esta grande historia ...”, empieza el capítulo 27 de la Segunda Parte, que aclara quiénes eran Maese Pedro y su mono; y con estas palabras recibe a don Quijote el avisado de Roque a su entrada en Barcelona: “Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha, no el falso ... sino el verdadero ... que nos descubre Cide Hamete, flor de los historiadores.”

Sobre esto, lo llama mahometano y lo hace jurar como católico cristiano, a veces lo trata de perro y a veces lo pone por las nubes. Veamos los textos correspondientes. Hablando de la continuación de la novela supuestamente encontrada en unos cartapacios de Alcaná de Toledo, dice Cervantes: “... y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto” (I, 9); mientras que el capítulo 27/II, empieza en los siguientes términos: “Juro como católico cristiano.”

⁷ En: *Notas etimológicas a El Ing. Hid. don Quijote de la Mancha*. (Homenaje a Menéndez y Pelayo, 1899, t. II, p. 132.)

¿Es posible creer que el autor pudiera tacharse a sí mismo de mentiroso y hasta llegar al insulto, como lo hace al llamar perro a su fingido novelista? Desde luego que no. Entonces, ¿a qué propósito quería pintarnos Cervantes al imaginario autor de una manera tan contradictoria? ¿Quizá para embrollar su texto? ¡Ni pensarlo!, pues ninguno de los notables escritores procuró jamás ser oscuro en sus obras, sino al revés, todos ellos trataron de ser lo más claros. Y, si algunos han sido confusos, lo han sido por falta de ingenio y no por falta de deseo de ser claros. Y, como en el Príncipe de los Ingenios españoles nada se dice sin haberlo meditado antes, y todo tiene su significado, la conclusión lógica a que se llega es: que constituye un artificio literario mediante el cual pudo decir ciertas verdades incómodas para la sociedad de su tiempo, envolviéndose en el supuesto autor arábigo. Confírmalo también el hecho de que denomina con mucha persistencia a su obra: Historia y, cuya definición esboza de la siguiente manera:

“Y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir” (I, 9).

Como se desprende del texto, la explicación es clarísima.

Segundo, el mencionado arabista Eguílaz y Yanguas, al que siguen los principales comentadores de la gran obra, no sitúa el diálogo entre Sancho Panza, el bachiller Sansón Carrasco y don Quijote, en el cual los tres discuten sobre el supuesto autor, en el contexto de la novela; ni siquiera lo cita íntegro sino truncado limitándolo a la última parte del nombre arabizado (Benengeli) que Sancho desfigura en Berenjena, y le busca la etimología árabe, cosa tan sin objeto como lo veremos en su lugar.

Cervantes fue uno de los contados escritores quien, aún en vida, pudo observar las repercusiones que la primera parte de su libro había tenido, así entre los lectores como entre los del bando opuesto, ya que entre la aparición de la primera y la segunda parte medió un decenio. Mas, dándose cuenta de que los primeros no pasaron de la corteza, pues lo consideraban como mera obra de pasatiempo y diversión, poco menos que una bufonada, y los segundos no osaron pasar al ataque frontal, decidió aludir al significado del autor imaginado de un modo más directo. De ahí que dispuso dicho diálogo al principio de la Segunda Parte, donde pone en boca de don Quijote la insinuación de que su obra necesitaría un comentario para ser entendida (III, 2). He aquí el texto referido en su forma íntegra:

- “– ¡Y, cómo – dijo Sancho – si era sabio y encantador, pues (según dice el bachiller S. Carrasco, que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena! (subrayado por mí).
– Ese nombre es de moro – respondió Don Quijote.
– Así será – respondió Sancho –; porque la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berenjenas.
– Tu debes, Sancho – dijo Don Quijote – errarte en el sobrenombre (subrayado por mí) de ese Cide que en arábigo quiere decir Señor (subrayado por Cervantes).”

Ese trozo del texto nos revela un habilísimo recurso literario de Cervantes quien, poniendo en labios de Sancho, prevaricador de la lengua, la forma deteriorada de la tercera parte del nombre moro – Berenjena, en vez de Benengeli – se vale de ella, para, por boca de Don Quijote, llamar la atención no sobre la forma del apodo, sino sobre su significado español, traduciendo él mismo sagazmente, no la tercera sino la primera parte del nombre entero – Cide –, pero apuntando, al mismo tiempo, al sentido de la tercera. La prueba irrefutable la tenemos en la circunstancia de que don Quijote, al indicar a Sancho su equivocación, menciona el sobrenombre – entonces Benengeli –, y no el segundo nombre (Hamete) ni el primero (Cide), cuya traducción castellana (Señor) subraya el mismo Cervantes; dato éste por todo extremo importante que, por una parte, corrobora nuestro punto de vista, y que por otra, ninguno de los susodichos anotadores había tomado en consideración.

El que Benengeli sea la forma correcta, lo atestigua otro hecho innegable: de este modo lo transcribe el propio Cervantes en los 28 de los 29 casos, y eso directamente, y no por boca de don Quijote ni por labios de Sancho Panza. Es palmario, además, que Sancho representa en la novela al pueblo carente de cultura; de aquí que el autor lo describe como hombre “con poca şal en la mollera”, y al protagonista como heraldo del saber y la cultura, conforme lo señala el título mismo: El ingenioso Hidalgo ... Por ello, la tesis de Eguílaz y Yanguas, según la cual Cervantes hablaría por conducta de Sancho, en el citado episodio, carece de todo fundamento, puesto que para ello tendríamos que aceptar la absurda premisa, según la cual Sancho representaría a las clases cultas y don Quijote al pueblo ignaro. Cualquiera que ha leído la novela una sola vez, sabe perfectamente bien, que el que estropea los vocablos es Sancho, y no don Quijote, y que éste le corrige sus deformaciones idiomáticas a cada paso. Para no extenderme demasiado, aduciré un solo, pero típico caso. Durante la conversación que la pareja andantesca tiene con un estudiante camino al lugar donde van a celebrarse las bodas de Camacho el Rico, don Quijote reprocha a Sancho de ensartar refranes tan a troche moche, que nadie lo entiende, a lo que Sancho replica:

Pues, si no me entienden ... yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necesidades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos.

Fiscal has de decir – dijo Don Quijote –; que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda ... (II, 19).

Como vemos, el propio don Quijote llama a Sancho prevaricador del buen lenguaje y le corrige sus desfiguraciones lingüísticas.

En base a lo expuesto, las tesis de Clemencín y Eguílaz resultan simples disparates, pues buscar etimologías y sentido a las palabras árabes estropeadas por un rústico en circunstancias que acabamos de examinar, es lo mismo que buscar cinco pies al gato.

Por lo visto, la solución del problema consiste en la traducción española del nombre moro Cide Hamete Benengeli. Tratemos de hacerlo por partes. Sobre Cide-Sidi, no existe el desacuerdo, dado que lo traduce el mismo Cervantes con Señor. Tampoco Hamete

constituye objeto de discusión, ya que a juicio de todos los comentadores que han tomado cartas en el asunto, designa un nombre propio – Hamed: el que alaba –, común entre los árabes. Pero queda el rabo por desollar. ¿Significa Benengeli de veras: hijo del ciervo, cerval o cervanteño, como lo traduce el orientalista Díaz Conde? En efecto, a raíz de mis investigaciones he podido comprobar que, en el árabe de Argel, donde Cervantes estuvo preso más de cinco años, Ben quiere decir lo mismo que Ibn en el árabe de Egipto, o sea hijo. Y ciervo en el dialecto argelino se traduce con Áyel.⁸ Pero, ¿cómo áyel pudo haber dado Eggel o Ejjel? Visto el problema a la luz de la moderna filología hispánica, es fácilmente explicable, pues, de acuerdo con la ley fonética, llamada imela,⁹ que el idioma español aplicó a las palabras árabes al incorporarlas a su acervo léxico, la a acentuada pasó a é, y en algunos casos a í (como por ejemplo en Hispalis Hispalia-Isbilia, origen de Sevilla). De tal modo áyel dio éjel o égel (puesto que en los tiempos de Cervantes la ortografía no estaba fijada todavía). Y Egeli, como ya lo explicó el señor Conde, quiere decir cosa del ciervo, cerval o cervanteño. Cide Hamete Benengeli, por consiguiente significa: el señor Hamed, Hijo del ciervo, o sea, ¡nada menos que Cervantes!; la n epentética de Engeli como suelen llamar los filólogos las letras intercaladas, pudo haber sido interpolada adrede por Cervantes, para despistar a los celosos guardianes del Santo Oficio que siempre estaban al acecho.

Pues bien, aquí se impone una pregunta: ¿Tuvo Cervantes tan profundos conocimientos del árabe? La contestación mía es un categórico sí, pues como el mismo autor escribe, “leía hasta los papeles rotos de la calle” (I, 9), y por tanto, los cinco y medio años vividos en el cautiverio de Argel, no pudieron pasar sin que él hubiera aprendido el árabe, por lo menos el árabe hablado. Testimonio de ello lo tenemos en el capítulo 67/II, donde alecciona a Sancho las voces árabes, haciendo gala de su saber en la materia. He aquí el pasaje correspondiente:

– ¿Qué son albogues – preguntó Sancho – ...?
 – Albogues son – respondió Don Quijote – unas chapas a modo de candeleros de azófar ... que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son que, si no muy agradable ... no descontenta ... y este nombre albogues es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al, conviene a saber: almohaza ... alguacil alhucema ... alcancía y otros semejantes ... y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en í, y son borceguí, zaquizamí y maravedí; alhelí y alfaquí, tanto por el al primero como por el í en que acaban, son conocidos por arábigos.

Las tesis conservadoras, empero, no son meros dislates, sino a veces simples patochadas. Tal sucede en el caso de Julio Cejador y Frauca quien, por lo demás, escribió páginas valiosas sobre la lengua de Cervantes. Para él, “Benengeli pudiera significar hijo del ángel o angelical”¹⁰. Esto es como si quisiéramos explicar el apodo turco de Mus-

⁸ Marcel, Jean Joseph, *Dictionnaire français-arabe des dialectes vulgaires d'Algérie, de Tunisie, du Maroc et d'Égypte avec la prononciation figurée en lettres latines*, Paris, 1869.

⁹ Ver: Lapesa, Rafael: *Historia de la lengua española*, Madrid, 1968, 7ª ed.

¹⁰ *La lengua de Cervantes*, II, Madrid, 1905–1906.

tafá Kemal: Ataturk – padre de la Turquía moderna, pues éste es su significado – como: el turco ateo, por contener el primer vocablo del compuesto ata-turk la raíz at. Evidentemente, el renombrado cervantista español no pudo menos de llevar el agua al molino de su condición sacerdotal, viendo ángeles donde no había más que diablos ... y, para colmo, al enjuiciar la versión del mencionado arabista, dice: “Pero eso será en el árabe de Conde, no en el que hemos conocido los simples mortales.” Aquí podríamos con toda razón pagar al respetable ministro de Dios con la misma moneda: Ben-Engeli significará “hijo del ángel” en el árabe macarrónico de Cejador, ¡pero nunca en el árabe de los estudiosos mortales!

En resumen, acerca de Cide Hamete Benengeli se ha escrito mucho buscándole un sentido, dado que de la legítima paternidad de la más grande obra literaria española no cabía dudar. Y, después de desechar la absolutamente insostenible interpretación de L. Eguílaz y Yanguas y rebatir otras fantasías imposibles, he llegado a las siguientes conclusiones:

Los tiempos de Cervantes no eran propicios para un juicio franco y directo de los males sociales, políticos y morales que carcomían la sociedad española. El anónimo y el seudónimo eran cosas usuales, y el mismo Cervantes publicó algunas obras sin su nombre. En el prólogo a sus Novelas ejemplares dice: “Este digo es el rostro del autor de la Galatea y de Don Quijote de la Mancha y el que hizo el Viaje del Parnaso ... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin nombre de su dueño ...”

El eminente novelista sabía muy bien que, si el genial disfraz de la censura de los libros caballerescos con que entapujaba su obra, no alcanzaba a encubrir las graciosas pero fulminantes críticas que en sus páginas reflejan las supersticiones, prejuicios, abusos, corruptelas e injusticias de las clases dominantes de su tiempo y, por lo tanto, no era suficiente para protegerlo contra las persecuciones por parte de la Inquisición, toda cautela era poca. De ahí la necesidad en que se veía, de envolver sus ideas y conceptos en los de un imaginario autor, cuyas afirmaciones, por su condición de moro, parecerían a primera vista estrafalarias o de impíos.

Pruébalo, además, otro hecho muy significativo: Cuando Cervantes elogia la libertad de que se disfrutaba en la Alemania protestante, mientras en España sólo mencionarla era peligroso, hace que sea el morisco Ricote, vecino de Sancho, el que se permite decirlo.

Tal procedimiento permitía a Cervantes al propio tiempo, abordar los temas con mayor libertad y flexibilidad. El mismo autor lo dice de manera indirecta al principio del capítulo 40 de la Segunda Parte:

Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta, deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contar-nos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las táticas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta.

También queda palmario en el comienzo del capítulo 44 de la Segunda Parte, la trascendencia que tiene lo que en la novela no se dice, pero se deja vislumbrar, porque si se manifestase sin el adecuado embozo, podía ser prohibida por las autoridades eclesiásticas o filipinas: “Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo, no lo tradujo su intérprete como él lo había escrito ...” Y, así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece y aun éstos, limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo y se le den alabanzas, no por lo que escribe sino por lo que ha dejado de escribir.”

Texto cristalino en cuanto al pensamiento, al mensaje de la obra y a las enormes dificultades que hubo de vencer Cervantes, elegantemente arropado con el albornoz árabe-mancheo de Cide Hamete Benengeli.

PROTISLOVJA IN NJIHOVA VLOGA V *DON KIHOTU*

Avtor članka med mnogimi protislovji v romanu *Don Kihot* izpostavi tri najpomembnejša: protislovje, ki zadeva don Kihotovo poslanstvo (oživiti viteške romane ali »zlato dobo«), odnos med norostjo in razumnostjo ter kontrast med dejanskim in fiktivnim avtorjem romana. S pomočjo omenjenih protislovij je Cervantes posredno, vendar ostro kritiziral socialno in politično resničnost svojega časa. V prispevku se ugotavlja, da je o omenjeni tematiki presenetljivo malo napisanega, in poudarja, da ravno objektivna analiza razlogov, ki so Cervantesa spodbudili k uporabi teh protislovij, razkrije resnični namen ter idejni svet romana.